



“Dios lo Quiere”

Por IGNACIO VALENTE

Me reservaba yo, la semana pasada, el placer de comentar por separado un hermosísimo poema de Gabriela Mistral, “Dios lo quiere”, uno de los textos poéticos más intensos del idioma castellano. Es un terrible poema de amor, una explosión fementida de celos, que alcanza, en su despliegue verbal, un acento tierno como del Cantar de los cantares y a la vez una carga de impresión y amenaza como de Isaías o Jeremías. Es lástima tener que transcribir por escrito un poema que, por su índole dramática más que lírica, debiera ser hablado por voz humana, con todas las flexiones de la furia, la ternura y la pasión de una rousca voz femenina. El lector interesado ensayará la ejecución dramática de estos versos que, en su propio significado, llevan ya la indicación del ritmo y del tono apto para cada palabra. He aquí su primera parte:

La tierra se hace madrastra
si tu alma vende a mi alma.
Llevar un escalforio
de tribulación las aguas.
El mundo fue más hermoso
desde que me hiciste aliada,
cuando junto de un espino
nos quedamos sin palabras,
¡Y el amor como el espino
nos traspasó de fragancia!
Pero te va a brotar viboras
la tierra si vendes mi alma;
baldías del hijo, rompo
mis rodillas desoladas.
Se apaga Cristo en mi pecho
¡Y la puerta de mi casa quiebra la mano
al mendigo
y avienta a la atribulada!

“La tierra se hace madrastra...” La voz parte con furia contenida, arrastrando ásperamente el sonido de *erre y ere* premonitores. La tierra madre se convierte en madrastra si el amante es infiel. El tercer verso cambia de tono, ya que no de asunto: se hace confidencial y descriptivo, suave y clarividente, para asociar a la naturaleza entera con la pasión de la mujer; así hasta el verso octavo. Con las exclamaciones del noveno y décimo —“¡y el amor como el espino...”— el tono vuelve a subir; el recuerdo del éxtasis pasado se olvida de los celos para entregarse a la dichosa efusión del amor. Pero sólo por un instante. El verso undécimo repite los celos, la amenaza y el duro sosiego del primero con nueva furia, esta vez ya no contenida. Es un verso tremendo: “Pero te va a brotar viboras/ la tierra...” Nótese la bellísima alteración de las *ve, be y ere*: la palabra “viboras” no se dice, se escupe, se dispara en la explosión de la larga *i* esdrújula, rodeada de esas consonantes que, ya preparadas en “va a brotar”, alcanzan nueva dureza en ese signo de maldición arelica que es “viboras”: todo esto, mientras las *ere y*

erre persisten en su dura música de fondo. A continuación, “baldías” y “rodillas” prolongan el eco de la *i* de “viboras”, en la imagen de la maternidad frustrada. Y tras la mención del Cristo que se apaga en el pecho de la amante, una imagen brutal: la violación de la sagrada hospitalidad, la inversión de la caridad santa, en esa puerta —la puerta de la casa humana— que nada menos que “quiebra la mano al mendigo” y avienta a la atribulada”. En suma, viene la perversión íntegra del orden humano “si tu alma vende a mi alma”, si el amante se porta con la amada como un Judas traidor.

He aquí la segunda parte:

Beso que tu boca entregue
a mis oídos alcanza,
porque las grutas profundas
me devuelven tus palabras.
El polvo de los senderos
guarda el olor de tus plantas,
y elevándolas como un ciervo
te sigo por las montañas...
A la que tu amor, las nubes
le pintan sobre mi casa.
Ve cual ladrón a besarla
de la tierra en las entrañas,
que cuando el rostro le alce,
hallas mi cara con lágrimas.

“Beso que tu boca entregue...” Después del climax, el tono se ha hecho otra vez confidencial, íntimo, premonitorio, mientras quizá los ojos brillan con un destello de lucidez demente o preternatural. En efecto, por fuerza de los celos, los sentidos de la amante alcanzan una potencia cósmica: la naturaleza entera es como una extensión de sus oídos, y hasta lo más lejano —“las grutas profundas”— retiene las palabras de la infidelidad del amante.

El mundo entero, con centro en el corazón de la mujer, es un oído expectante para ese susurro. El tono de este cuarteto es todavía suave, pero tras él se inicia ya un formidable crescendo de la furia, que no se detendrá hasta la emoción entrecortada del verso final. El quinto verso —“el polvo de los senderos...”— introduce el cambio de tono e intensidad. La adonización continúa, pero del mundo de los oídos se pasa al más bestial y primitivo del olfato, a los ritos del amor animal. Una secreta ferocidad anima este segundo cuarteto. Así como el amante bíblico se compara a sí mismo con un ciervo, así la poetisa renueva esta imagen sustituyendo su ternura original por la violencia de una persecución vengativa: “te sigo por las montañas...” La hembra celosa es como un perro de presa, una fuerza de la na-

turalidad. El verso noveno marca un nuevo ascenso de la ira, con la sola mención de la “otra”: “... las nubes/ le pintan sobre mi casa”. Hemos pasado al mundo de los ojos, y de nuevo con alcance cósmico la amante se prolonga en el universo, la naturaleza entera trabaja para ella; esas “nubes” de brusca irrupción, que se deben pronunciar con duro y prolongado acento, delatarán al infiel. Los versos restantes, poseídos de la pasión de los celos, abandonan ya toda forma condicional o subjuntiva y, dando por hecho la infidelidad, exhortan imperativamente al traidor a proceder, en una nueva elevación del tono airado. El epíteto “ladrón” enfatiza este tono, y las “entrañas” de la tierra continúan la dimensión delictual de la infidelidad, así como la dimensión cósmica de los celos y la cacería del culpable. El penúltimo verso, plástico y hermosísimo —“que cuando el rostro le alce”— parece anunciar a continuación la más terrible y final de las maldiciones: cosa que en cierto modo ocurre, pero sólo mediante un vuelco inesperado —la sustitución de las caras— que representa, junto con la más refinada venganza de los celos, un brusco quiebre de la emoción y una tierna confesión de amor y dolor: “hallas mi cara con lágrimas”.

El poema tiene todavía dos partes, más breves y quizá más débiles que las dos primeras, insuperables. Sólo el final recobra la fuerza original: el amante se supone muerto, pero todavía bajo tierra seguirá sintiendo el acoso de la mujer, que sólo terminará cuando ella muera: “¡hasta que te espolvoree/ mis huesos sobre la cara!” Es la brutal y tierna conclusión del poema. La calidad singularísima de este texto reside en su fuerza como poesía dramática. No había aquí el alma en una simple efusión lírica; la confesión del sentimiento está animada por los resortes de la voz dramática. Habla el ego del drama, el personaje, con una voz que pide ser ejecutada, “interpretada”, no leída con los ojos. Y es maravillosa la adecuación entre las inflexiones de esa voz y las particularidades de sonido, música, imagen, idea de cada verso. La energía del amor celoso es el soplo interior que configura, según sus necesidades de expresión dramática, la forma íntegra del poema. Esa fuerza pasional combina, con una destreza instintiva, la suavidad y la violencia, la ternura y la agresividad; organiza lo íntimo y lo cósmico; reconcilia la delicadeza del amor salomónico y la brusquedad de la imprecaación profética en un contrapunto de alto efecto dramático. “Dios lo quiere” es, al menos en sus dos primeras partes, uno de los más grandes poemas que se hayan escrito en nuestro idioma.

EL MERCURIO, SANTIAGO, 23-11-1974, P.11

695.498

Dios lo quiere [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Dios lo quiere [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile